

La historia ideal de detectives¹

G.K. Chesterton

VERSIÓN DE JESÚS FRANCISCO CONDE DE ARRIAGA

HA HABIDO CIERTA RENOVACIÓN DE LA POLÉMICA sobre el problema de los relatos con conflicto, algunas veces llamados novelas policíacas, porque ahora consisten, principalmente, en una muy injusta apreciación de la policía. Veo que el Padre Ronald Knox ha escrito una introducción bastante interesante a una antología de cuentos de este tipo, y la señora Carolyn Wells, la autora de un admirable misterio llamado “Vicky Van”, ha reeditado un ensayo sobre este tema.

Hay un aspecto de las historias de detectives que es casi inevitablemente elidido al momento de tratarlas, y es el que este tipo de relatos son, generalmente, ligeros, emocionantes y de algún modo superficiales; lo sé mejor que la mayoría puesto que yo mismo los he escrito. Y si digo que hay, abstractamente, algo ligeramente distinto que podría ser llamado la historia ideal de detectives, no estoy diciendo que pueda escribirlo. Lo llamo la historia ideal de detectives porque no puedo hacerlo. De cualquier modo, estoy convencido que esa historia, si bien debe ser emocionante, necesita no ser superficial. En teoría, aunque no es común en la práctica, es posible escribir una novela sutil y creativa, de una profunda filosofía y de una fina psicología, y aun así presentarla en la forma de un inquietante relato.

Los cuentos de detectives difieren de otros en que al final el lector sólo es feliz si se siente engañado. Al terminar obras más filosóficas, el lector tal vez quiera sentirse como un filósofo, pero la primera impresión de sí mismo probablemente sea más saludable y más acertada: el abrupto camino de la ignorancia, tal vez, sea bueno para la humildad. Esto tiene que ver más con el orden en el que las cosas son mencionadas que con la naturaleza de las cosas mismas.

¹ Versión reducida del texto “The Ideal Detective Story”, aparecido en *Illustrated London News* el 25 de octubre de 1930.



Retrato de Gilbert Keith Chesterton elaborado por Alfred Priest para el suplemento *The Bookman* de 1910. (Imagen: The Print Collector / Print Collector / Getty Images)

La esencia del relato de misterio es que nos confrontamos de pronto con una verdad que no habíamos sospechado y que de cualquier modo es verdad. No hay razón lógica por la que esta verdad no pueda ser profunda y convincente, tanto como superficial y convencional. No hay razón por la que el héroe que resulta ser un villano, o el villano que se torna héroe no sea un ensayo de las sutilezas y complejidades del carácter humano al nivel de las primeras figuras de la ficción humana; es sólo una coincidencia que el interés por esta incongruencia no vaya, generalmente, más allá de que una modesta institutriz resulte ser una envenenadora o que un tonto y gris oficinista tiña las calles con la sangre de las gargantas que corta. Hay incongruencias en la naturaleza humana más complejas y de un orden más misterioso, y no hay razón por la que no puedan ser presentadas de manera que impacten como lo hacen los cuentos de detectives.

Existe la luz eléctrica tanto como existen las descargas eléctricas, incluso la descarga puede ser el rayo de Júpiter. Es, como he dicho, un asunto del orden de los sucesos. La faceta del personaje que no puede ser vinculada con el crimen debe presentarse primero; el crimen debe exponerse después como algo opuesto a ella, y la reconciliación psicológica de ambos debe venir después de esto, en el lugar donde el detective común explica que encontró la verdad guiado por la colilla de un cigarro dejada en el pasto o por la mancha de tinta roja en la libreta de notas sobre el tocador. Sin embargo, no hay nada en la naturaleza de las cosas que impida que la explicación, cuando llega, sea tan convincente para el sicólogo como para el policía.

Shakespeare, por ejemplo, ha creado dos o tres asesinos en extremo amigables o simpáticos. Sólo nosotros podemos ver su amabilidad tornarse lenta y sutilmente en un asesinato. Otelo es un tierno esposo que asesina a su esposa por puro cariño, por decirlo de alguna manera; pero como conocemos la historia desde el principio, podemos ver este vínculo y aceptar la contradicción. Supongamos que la historia abriera con Desdémona cuando es encontrada muerta, Yago o Casio como sospechosos, y Otelo como la última persona

de la que se sospecharía. En este caso, *Otelo* sería una historia de detectives, y sería una verdadera, es decir, una que es congruente con el verdadero carácter del héroe cuando finalmente dice la verdad. Hamlet, a su vez, es encantador y pacífico, y perdonamos el gesto nervioso y levemente irritante de clavar a un viejo tonto como un cerdo detrás de una cortina. Pero supongamos que el telón abriera y mostrara el cuerpo de Polonio, y a Rosencratz y Guildenstern hablando de las sospechas que han caído inmediatamente sobre el primer actor, un personaje inmoral acostumbrado a matar personas sobre el escenario; mientras Horacio o algún personaje secundario sospecha que es un crimen más de Claudio o del inescrupuloso y temerario Laertes. Entonces, *Hamlet* sería una novela policíaca y la culpabilidad de Hamlet sería impactante, y sería impactante por la verdad que encierra; no sólo las novelas eróticas son impactantes. Estos personajes shakesperianos seguirían siendo coherentes y todo concordaría porque hemos juntado los límites del personaje y hemos atado sus extremos. La historia de Otelo podría ser publicada con una cubierta brillante como “El caso del asesino de la almohada”, y seguiría siendo el mismo caso, un caso serio y convincente. La muerte de Polonio podría aparecer en las librerías como “El misterio de la rata evanescente”, y sería una historia de detectives en toda regla. Podría ser, incluso, la historia ideal de detectives.

No hay necesidad de que haya algo vulgar en la transición abrupta y violenta, que es la esencia de dicha historia. Las incongruencias de la naturaleza humana son en verdad terribles y estremecedoras como para ser nombradas con la misma gravedad como la hora final o el Día del Juicio. No todas son tenues sombras, pero algunas de ellas son atemorizantes tinieblas, hechas por el contraste primigenio de la oscuridad y la luz; tanto el crimen como la confesión pueden ser tan catastróficas como esclarecedoras. En realidad, la historia ideal de detectives podría hacer algún bien si llevara a los hombres a entender que en el mundo no todo son curvas, sino que hay cosas que pueden ser tan serpenteantes como el relámpago o tan inflexibles como la hoja de la espada. ■■■